

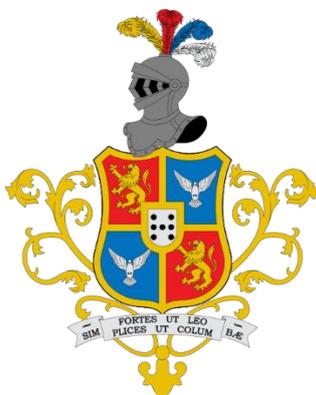


CONCURSO DE RELATOS JORNADAS CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO



23 DE NOVIEMBRE DE 2023
DELEGACIÓN DE IGUALDAD
AYUNTAMIENTO DE HINOJOSA DEL DUQUE

25
Aniversario
La Vaquera
de la Jipijosa



SU MAYOR SUEÑO

La historia se ambienta en el siglo XIX, donde la mujer y el hombre no tenían los mismos derechos. Esta mujer se llama Virginia.

Virginia vivía en Eslovenia con sus dos hermanos mayores y sus padres. Ella desde pequeña decía que iba a ser escritora, pero en ese tiempo solo los hombres podían ir al colegio, y las mujeres solo podían ir si pagaban y a veces ni eso. Sus hermanos iban los dos al colegio, Virginia les decía que le enseñasen cosas y ellos le ayudaban en todo lo que podían y le daban clases. Virginia poco a poco iba aprendiendo y cada día con más ganas, ella luchaba por aprender y poder llegar a ser la primera escritora. Cuando tenía tan solamente diecisiete años decidió irse a otro país, porque en él decían que había mujeres que podían entrar a universidades. Llegó el día en el que se tuvo que ir a Italia a estudiar, no fue nada fácil la ida, pero consiguió llegar. Una vez allí se llevó varios disgustos porque, en primer lugar, la trataron un poco mal por el simple hecho de ser mujer y, en segundo lugar, no la dejaron entrar en ninguna de las universidades que probó. Virginia día tras día probaba y hacía cosas para que la dejaran, pero de ninguna manera la dejaban entrar. Un día, por sorpresa, le llegó una carta diciendo:

- Buenos días, señorita, Virginia. Vemos que tiene mucho interés en entrar a esta universidad, nos han comunicado que a pesar de que no hayas ido a colegios, sabes mucho de escribir, ortografía... Te daremos una oportunidad para que puedas demostrarlo y, si es así, te ayudaremos a conseguir lo que tanto deseas.

Cuando Virginia vio esto se llenó de alegría. Al día siguiente, que era lunes, empezó en una universidad muy deseada por mucha gente. Todos los días le decían lo bien que lo hacía todo, comenzó a sacar muy buenas calificaciones y pasó a convertirse en una de las mejores estudiantes, esto, claro, rodeada de hombres. Ella veía que poco a poco iba consiguiendo lo que tanto deseaba. Aunque ya había entrado a la universidad, luchaba por las demás mujeres y niñas que querían hacerlo. Iban pasando los años y esto iba aumentando y, cada vez, a mejo. Llevaba varios años sin ver a su familia, pero cada día los recordaba

y les daba las gracias. Virginia estaba feliz porque estaba consiguiendo su sueño. Llegó el día en el que le dieron su título de escritora, reunieron a toda la gente en el centro de Italia para darle los honores y poder anunciar que había sido la primera mujer escritora y por la que había luchado para obtener casi los mismos derechos entre los hombres y las mujeres.

Virginia, al acabar, dijo unas palabras en las cuales dijo para todos los estudiantes, que cada vez iban teniendo más facilidades para estudiar y conseguir sus sueños; todo esto, mientras luchen y no se rindan por lo que tanto desean.

Fue un día muy emocionante para ella porque, para su sorpresa, estuvo allí presente su familia, muy orgullosa viendo a su hija conseguir lo que se propuso y que tanto deseaba. A partir de ahí todo fue cambiando y actualmente ya casi tenemos los mismos derechos en el sentido de trabajo.

ADRIANA PALOMO VELASCO

UNA LUZ ENTRE LA OSCURIDAD

Cuanto tiempo esperando este momento, de verdad pensaba que esto no iba a ser posible. Admito que varias veces pensé que acabaría conmigo y si no lo hacía él, tarde o temprano lo haría yo.

Ahora todo es una montaña rusa de emociones, y sé que tal vez no me explique de forma correcta, pero ha llegado el momento de contar la verdad, es necesario contarla.

Nos situamos en el verano del 2006, donde un día como hoy conocí al que sin lugar a dudas es el ejemplo perfecto de la combinación entre belleza y maldad, porque sí, Juan, que así se llamaba, era y es la persona más hermosa de todo el lugar, pero una vez que lo conoces sabes que es capaz de dañar hasta lo más profundo de tu corazón.

Todo era precioso al inicio, me decía cuánto me amaba día tras día hasta que llegó aquella tarde en la piscina, día donde mostró su verdadera forma de ser y día que dejó de ser aquella persona tan amable y educada. Os preguntaréis por qué claro, lo que ocurrió simplemente fue que me vio con unos amigos disfrutando en la zona de voleibol, y se puso hecho una fiera, hasta el punto de tener que venir seguridad para echarlo, ya que comenzó a golpear a todos y cada uno con los que me había relacionado.

Al principio lo justificaba diciendo que solo lo hacía porque me amaba e ingenua de mí lo creía y no solo eso, sino que lo defendía enfrente de quien fuera necesario. Hasta que mi mejor amiga consiguió abrirme los ojos y pude tomar las fuerzas necesarias para alejarme de él. A pesar de tantas amenazas que recibía de su parte, ya daba igual, sabía que, aunque a mí me pasase algo por su culpa, sería la última, porque ya había dejado la denuncia.

Ahora, mucho tiempo después, estoy feliz y bien rodeada. Ahora sé que siempre hay un camino de luz entre toda la oscuridad.

Daniel Triviño López

EL DESENGAÑO

Ana tenía 15 años. Estudiaba en un instituto de la localidad. Era baja y delgada. Su pelo era negro como el azabache, y sus ojos azules como el mar. Era una chica tímida e introvertida y tenía pocas amigas porque tenía distintos gustos que ellas. A ella le gustaba ir a pasear al campo y disfrutar viendo a los pajarillos revolotear en el cielo. Pensaba que le gustaría ser como uno de ellos, libre en el viento. Es que se sentía un poco triste porque no le gustaba hacer muchas cosas que hacían sus amigas.

Pedro tenía 16 años. Estudiaba en el mismo instituto que Ana. Pedro era alto y fuerte. Su pelo era rizado y rubio, y sus ojos eran marrones como los granos de café. Era muy popular y tenía muchos amigos, pero ya se aburría de hacer lo mismo. A Pedro le encantaba jugar al fútbol y soñaba con estar en un gran club como el Real Madrid. También le gustaba mucho el campo y la caza.

Un día, cuando Pedro se fue a cazar con su padre, pasó por un campo y reconoció a Ana que estaba cogiendo hongos. Ambos se saludaron y desde ese momento empezó su relación de amistad. Quedaban muchos domingos para recoger hongos y espárragos porque a los dos les gustaba mucho.

Poco a poco fueron haciéndose buenos amigos y Pedro la invitaba a salir con sus amigos, pero ella como era tímida no quería. Prefería estar solo con él.

En el fondo, Ana se había enamorado de Pedro porque él la trataba bien y tenía afinidad con ella. Pero eso duró poco...

Un día, cuando el viento soplaba y la tarde iba tocando a su fin, él, en pleno campo, se abalanzó a ella y tirándola a la tierra quería aprovecharse de ella, cuando de repente se oyó la palabra: NO.

Él, sin hacerle caso, siguió hasta el final. Un final impactante para Ana. Ella quedó tan impactada por el suceso (jamás pensó descubrir a Pedro cometiendo semejante barbaridad) que se encerró en casa.

No era no, no había duda. ¿Dónde encontraba nadie afirmaciones en un monosílabo tan claro? El miedo también la paralizaba, tampoco había sabido ni qué hacer, ni como defenderse.

Cuando decidió salir, porque era su deber ir a clase, solo pensaba no encontrárselo por allí. Su mente sólo pensaba en aquella tarde aterradora para ella. Se preguntaba: ¿Por qué a mí?

De repente, su tutora habló en clase sobre la violencia de género y sus peligros, y Ana, sintiéndose identificada empezó a llorar.

Su tutora al verla, se extrañó y habló con ella en el pasillo del instituto.

Ana se sinceró con ella y se lo contó todo.

La tutora la abrazó, pero sentía la desconfianza de Ana, el miedo al desengaño.

Pablo Fernández González

¿POR QUÉ YO?

Deseaba hacer esto desde hace mucho tiempo. Pero por suerte o por desgracia no encontraba las fuerzas, ni las palabras necesarias para hacerlo y puede que ahora tampoco use las correctas, pero ya no importa, en este estado ya todo deja de ser importante.

Se que ahora estaréis pensando que lo que digo no tiene ningún tipo de sentido, pero tranquilos, dejar que os explique mi historia.

Todo comienza un 26 de mayo, si mal no recuerdo, cuando tan solo tenía 17 primaveras, la flor de la vida, como solía decir mi amada abuela. En un principio mi nombre no os lo voy a comunicar, ya que carece de valor; aunque si me caéis bien, tal vez en el futuro os lo diga. Mas si es de importancia saber, que yo era una chica muy segura de sí misma, y con ganas de vivir la vida.

Sin embargo, aquel chico moreno, con ojos color esmeralda y tan macizo como un roble, decidió que eso tenía que cambiar. Y vaya que lo hizo, desde el primer momento que mis ojos y los suyos hicieron contacto, caí locamente enamorada de él.

Tras meses y meses, de lágrimas por tantos rechazos que recibí de su parte, finalmente, conseguí su aceptación. Aunque cabe aclarar, que tuve que cambiar mi forma de vestir y mi físico, ya que, en un principio, Lorenzo, que así se llamaba él, me decía que daba asco y si quería su aprobación debía dejar de ser así. Y así lo hice, empecé a ir al gimnasio, me puse a dieta y comencé a llevar ropa de marca. Actualmente sé que todo esto era una auténtica locura, pero a mi yo interior de ese momento, solo le importaba su aprobación.

Por si lo dicho no fuera suficiente, tuve que cortar el contacto con mis amigos, así como, dejar de ir a las fiestas, ya que esto "solo lo hacen las frescas" me decía, y sí, lo habéis adivinado, él sí podía hacerlo.

A pesar de que mis amigos, a los que tanto de menos echo en este frío y áspero lugar, me advertían una y otra vez, que ese ser que ni por persona merece ser llamado, me estaba matando poco a poco, no de mucho les servía, pues incrédula de mí lo defendía todas las veces que en su momento fuesen necesarias, "solo es su

forma de protegerme, él en realidad me ama", les decía intentando convencerlos, e incluso a veces a mí misma.

¿Cómo puede pensar que cada golpe, era por cariño? ¿Por qué yo y no otra? De verdad, ¿cómo pude pensar que ese monstruo me quería?

Estas frases atormentan mis pensamientos desde aquel 28 de septiembre, día donde dejé de ser la unión del cuerpo y el alma, para solo ser un alma solitaria, navegando entre los cuerpos aún con vida del más bonito de los hospitales.

"Hora de la muerte, 11 y veinte de la mañana, adiós Mayla"

Paula Triviño López

DIARIO DE UNA MUJER QUE SUFRE VIOLENCIA DE GÉNERO

Odié cuando me pegaste sin razón, odié cuando me levantaste la voz, odié cuando me decías todo lo que tenía que hacer, odié cuando me decías qué debía o no de comer, odié cuando me decías qué ropa llevar y cuál no, odié cuando me criticabas mi físico, odié cuando me hiciste engordar, y luego te quejabas de que debía de adelgazar, odié cuando me dijiste con quién me tenía que juntar y de quién me tenía que retirar. Odié cuando no me dejabas intimidad, cuando no me dejabas ni la puerta cerrar. Odié tenerme que callar, odio no sentirme bien donde estoy.

La mayoría de veces un infierno tengo que pasar, y luego siempre me tengo que callar, las personas dicen “no estás sola”, ¿pero eso a mí en qué me va a ayudar? si luego nadie ayuda de verdad.

Y cada vez que intento hablar me ignoran y otra vez me vuelvo a callar. Y con esto cada vez me estoy preocupando más y más. ¿Cuándo llegará el final de esto? ¿Cuánto más tendré que aguantar?

No quiero que algún día me encuentren muerta y mi vida llegue a su final. No puedo pedir ayuda, cada vez noto que no puedo más. Solo pido igualdad a todo el mundo ¿es mucho pedir?, ¿algún día me escucharán?

Cada día el estrés me consume más, siempre es lo mismo, todos los días igual. Si yo ayudo a todo el mundo, ¿por qué los demás a mí no? Yo también tengo problemas, pero nadie se para a escuchar, ni a ayudar. Me siento sola, aislada y controlada. No puedo más, no quiero volver a callar...

Llevo días sin comer y me empiezo a marear. Yo no puedo hacer nada más. Siempre soy ignorada por los demás, pero no puedo decir nada, y si él se entera..., será aún peor.

Siempre he estado pensando demasiado las cosas que no tienen importancia. Sobrepensar no ayuda en nada. Vivo con miedo desde que él empezó a ser así. Antes, todo iba bien, pero ahora, no hay forma de pararlo, me siento desesperada, no sé qué debería de hacer. No quiero enfadarlo por miedo a que me quite la vida. Salgo de trabajar, y noto ya cómo el mundo se me va a caer encima solo con poner un pie en mi propia casa.

Con las críticas que me empezó a hacer, ya no me veo igual que antes. Se podría decir que ahora mismo me odio tanto en mi físico, como en mi personalidad, contando la actual y la del pasado.

Sufro de insomnio ya que estoy siempre alerta por las cosas que puedan pasar, mi preciosa casa se ha convertido en un espacio en el que el ambiente siempre está tenso. Siempre que vienen visitas o hay fiestas él me trata como si fuese el de hace unos años, pero cuando la gente se va, otra vez lo mismo.

Ya no voy de fiestas como antes, ya me da igual qué comer o no, ya no me pongo la ropa que me gustaba. He descubierto que odio que me levanten la voz, o me golpeen. Si una persona levanta el brazo, mi cuerpo matemáticamente hace que se cubra la cabeza. Es inconscientemente.

Pero, ya me he acostumbrado. Solo pido que pronto pase esto, y que mi vida vuelva a ser como la de hace unos años.

Pilar Arrebola Pérez

SU PUÑO ME HIZO VER

No me daba cuenta, y más siendo tan joven, que me dejaba llevar por él. Al principio todo era muy bonito, pero poco a poco, su forma de ser iba cambiando. Supongo que él era ya así, pero tenía otra cara no visible que yo no noté. Con el tiempo, fui percatándome.

Llegó un momento en el que todo era discusiones llenas de gritos e insultos; me montaba escenas en la calle y me culpaba de las peleas. No entendía por qué quería buscar conflicto todo el rato y tampoco entendía por qué me hacía sentir tan mal con ciertos comentarios e insultos.

Sin embargo, él se mostraba encantador delante de su círculo de amistades; las mías ni me dejaba verlas. Aparentaba ser una persona normal, pero yo sabía que en ocasiones consumía drogas y no andaba con buenas compañías, pero como era ocasionalmente pues no le daba importancia. A mis amigas no les gustaba esta relación, pero supongo que no les quedó otra que aceptarlo.

Mi familia fue completamente ajena a la violencia en la que vivía; no lo conocían personalmente y tampoco sabían los problemas que tenía con él porque nunca conté nada hasta el final.

Sabía que a él no le gustaba que saliese porque siempre acabábamos discutiendo; se encargaba de buscar una disputa con el fin de que yo no disfrutase de la fiesta. Con el paso del tiempo percibí que este chico no era para mí, pero, en el fondo, me daba miedo dejarlo. Hasta que no pude más. Llegué a pensar que se lo tomaría bien, que él tampoco quería seguir así, sufriendo. Pero no fue como pensaba.

Quedamos un día para devolvernos unas cosas y fue lo peor que pude hacer. Empezó a reprocharme cosas, a insultarme de nuevo; no quería aceptar que lo había dejado. Entonces sucedió algo que no me esperaba. Me empujó contra la pared y con el puño me apretó en la barriga mientras me repetía una y otra vez que no lo iba a dejar más. Atemorizada le dije que me soltara, que no me tocara. Al escucharme se enfureció más y pegó un puñetazo en la pared al lado de mi cara, haciéndose sangre. No lo había visto nunca así. Descargó su ira de esa manera y me hizo ver que la próxima vez sería mi cara. Su mirada me lo dijo todo. Cuando pude salí corriendo.

Vino tras de mí y como me veía asustada me pidió perdón, que no volvería a pasar decía, que me quería y que iba a cambiar. Por una parte, por el cariño que le tenía, quería volver con él, pero por otra, también pensaba que debía evitar un final trágico. Era difícil, pero me repetía a mí misma una y otra vez “aléjate de él”. Me costó, pero lo conseguí.

Me sentí mal durante mucho tiempo, hasta el punto de que tuve que recibir ayuda psicológica. Me sentía culpable de todo lo ocurrido hasta que me hicieron ver que yo era la víctima; que gracias a mi valentía pude dejar ese infierno y reconstruir mi vida rodeada de la gente que me quería de verdad.

Raquel Hurtado

LA EXTRAÑA RELACIÓN

Un viernes por la noche un grupo de amigos estaban tomando algo en una discoteca, al cabo de un rato, otro grupo de amigos entraron en la discoteca y comenzaron a hablar unos con los otros. Se pasaron los números de móvil y sus Instagram, y al cabo de un tiempo un chico de un grupo y una chica de otro hablaban a diario.

Un día quedaron para salir y pasados unos días se hicieron novios. Pero de repente, uno de los días él le preguntó a ella que si en su trabajo había algún chico o eran sólo chicas. Ella no le dio importancia, pensó que era sólo por curiosidad.

La relación continuaba con normalidad, pero otro día él le preguntó que qué ropa usaba cuando iba a trabajar, ella se quedó muy extrañada pero tampoco le dio importancia. A ella le gustaba mucho salir con sus amigas para contarse cosas y no salir sólo con su novio. Pero una noche él le dijo a ella que ya sólo saldría con él, ella le dijo que no, y él se enfadó mucho e incluso le gritó, así es que ella para que no se enfadara le prometió que sería así de ahora en adelante.

Continuaron juntos hasta que un día por sorpresa él fue a recogerla a su trabajo. En ese momento ella estaba con uno de sus compañeros y él al verla entró como un energúmeno, comenzó a gritarle y la cogió por el brazo y se fueron a casa. Ella recordó todas esas preguntas extrañas y sucesos. De repente, ella se dio cuenta de que no tenían una relación sana y antes de llegar a más decidió romper con él. Él enfureció y comenzó a tirar todo lo que había a su alrededor, estaba tan nervioso que incluso le pegó, ella huyó a casa de sus padres y gracias a la ayuda de su familia y de sus amigos nunca más volvió a saber nada más de él y su vida cambió.

Rodrigo Arévalo Palomo

SALVADA POR UN SUEÑO

Soy Ana, una persona como otra cualquiera. He tenido éxito, dolor y desengaños en el amor. Unos no sentían lo mismo. Otros sí, pero terminamos de forma pacífica. Algunos aún me aman. Pero mi actual pareja, es un caso aparte... Ha hecho todo lo posible en el amor: me regalaba cosas hermosas hechas por él, se preocupaba mucho por mí y permitía que me desahogara con él, me hacía piropos cada hora, me ayudaba y me comprendía... Era el hombre perfecto. El que toda mujer desea. Era tan maravilloso que pensaba que vivía en un sueño. Pero terminó siendo mi pesadilla y, por culpa de mi ignorancia sobre lo que le estaba pasando a él y mi miedo a pedir ayuda o enfrentarme a él...

Ya no soy una persona, soy un grito de dolor, soy la sombra de aquella persona que fui, soy la desesperación en una relación, soy una luz que abre los ojos a muchas que pueden evitar esta desgracia, desde hace una semana, soy un fantasma. Mi cuerpo yace sin vida, en nuestra casa de campo, nadie me ha encontrado. Mi marido huyó, hizo las maletas y se fue a vivir a Australia. Todavía no me creo que esto haya podido ocurrir tras diez años felices de relación.

Todo empezó cuando yo tenía veintiséis años, acababa de terminar mi carrera de periodista con las mejores notas de toda la universidad. Mi currículum daba mucho que prometer así que decidí llegar a la cima, ir a lo más alto, a lo mejor. Estaba en la entrada de una de las cadenas de televisión más importantes del planeta. Todo lo que necesitaba para conseguir el puesto que ofrecían de periodista estaba en mi mano, solo había un obstáculo, aquella cadena prefería contratar a hombres antes que, a mujeres, pero eso no me iba a impedir conseguir ese trabajo. Cuando llegué a la sala de espera para las entrevistas, me di cuenta de que era la única mujer que se había presentado y la última en ser entrevistada. Por las caras con las que salían los entrevistados de la sala, no los habían contratado y los habían criticado de una manera horrible al no cumplir sus expectativas. Eso significaba que tendría más oportunidades para conseguir el puesto, pero, el último hombre que entró en aquella sala salió eufórico y lleno de alegría. Solo quedaba yo en aquella sala, acompañada del temor de no conseguir ese puesto tan solicitado solamente por ser mujer. Se escuchó una voz procedente de aquella sala, gritando mi nombre. Al instante me incorporé y llena de valor, entré.

A los jefes les fascinó mi currículum y mis habilidades, lo que hizo que viera la victoria ante mis ojos hasta que aterricé, olvidando por completo aquel trabajo ideal que había imaginado en menos de cinco minutos.

- Nos encantaría contratarte, pero, como usted habrá notado tenemos preferencia por los varones y, aunque usted ha sido la única que ha superado todas nuestras expectativas, sólo un hombre ha estado más o menos a la altura y queremos contratarlo de inmediato. – dijo el presidente de la cadena.

Me quedé de piedra. ¿Van a contratar a alguien menos cualificado que yo, solo por ser hombre? Salí, desolada de aquella enorme sala. Mi sueño se había esfumado, estaba roto en pedazos. Aun así, no me rendiré y seguiré luchando. Después de terminar mi reflexión, oí dentro de la sala al hombre que previamente había salido eufórico explicando por qué no podía aceptar el trabajo.

Ese mismo día, conseguí el trabajo de mis sueños y conocí al amor de mi vida, posterior pesadilla. Él se llamaba José, era guapo, listo, amable, compasivo y extrovertido. Nos hicimos amigos y aunque él y yo notábamos que existía algo más que una amistad entre nosotros, yo seguí buscando pareja, pero cortaba con todas en poco tiempo. El día de mi cumpleaños, quedé con José en mi cafetería favorita. Él vino muy elegante con un ramo de rosas y un collar precioso de perlas. Justo cuando llegó a la mesa, él se arrodilló y me preguntó:

- ¿Quieres ser mi novia?

En ese preciso momento, comprendí mis sentimientos por él y empezamos nuestra hermosa relación, cuando yo tenía veintisiete años y él veintinueve. Todos los días, nos hacíamos cumplidos y necesitábamos vernos, aunque solo fuera por un segundo. Mis amigas se alegraron mucho por mí y deseaban tener tanta suerte en el amor como yo. Mi familia nos recibió con los brazos abiertos y aceptaron nuestra relación, animándonos para lograr una vida perfecta.

Al principio, era imposible pensar que aquella unión perfecta, acabara en tragedia. Dos años después, José me pidió matrimonio acompañado con una gran ceremonia y a los tres meses, por fin nos casamos. Ese fue el día más feliz de mi vida, sin tener en cuenta el presente. Todos mis seres queridos estaban conmigo en aquella celebración y era la mujer más feliz que existía en la Tierra.

Compramos una hermosa y amplia casa en una calle antigua en la ciudad donde trabajaba. Me fue genial en mi trabajo y gracias a que José renunció a ese puesto, las mujeres empezaron a ser más reconocidas por aquella cadena de televisión casi completamente masculina. Tuvimos dos hijos, un chico y una chica, Manuel de seis años

y María de cuatro años. Crecieron en un entorno de felicidad y estabilidad en el que reinaba la paz hasta una amarga noche de febrero.

Mi marido llegó borracho, había quedado con sus amigos en el bar y yo, que tenía que trabajar ese día por la tarde, dejé a los niños con la canguro. Estaba preparando la cena cuando él llegó. Me asusté mucho al oír algo que se había caído tras su llegada, por lo que fui a recibirlo y a ver qué había pasado. Este fue mi primer gran error. Él estaba demasiado alterado y me tiró uno de los jarrones de vidrio más duros de la entrada a la cabeza. El inicio de todo. Al despertarme, creí que nunca más pasaría algo así entre nosotros. Al paso de los meses, él cada vez se volvía más agresivo sin estar bajo los efectos de ningún tipo de drogas, aunque no se notaba mucho ya que él seguía siendo tan cariñoso conmigo como siempre. Cada día empezaba a desconfiar más de él. Hasta hace una semana cuando abrí los ojos demasiado tarde.

Me despierto de un golpe, sin poder creer que lo que había ocurrido era un sueño. ¿En verdad solo ha sido un sueño? Parecía tan real... En este mismo momento, mi marido entró por la puerta diciendo que hoy íbamos a ir al campo y que dejaría a los niños con mi hermana. ¿Acaso mi sueño fue un sueño premonitorio? Llegamos a nuestra casa de campo, aunque yo me mostraba muy distante debido a mi sueño. ¿Debería hablarlo con él? ¿Debería llamar a la policía media hora antes de la hora en la que sucedió el desastre en el sueño? A las seis y media, llamé a la policía en secreto indicándoles mi dirección actual y contándoles que sufro violencia de género desde hace años pero que no lo he notado hasta ahora. Todo estaba planeado para evitar mi muerte. Cuando acabé de hablar con la policía tuve una discusión con mi marido. Nunca antes habíamos discutido de esta forma. Hasta que el cogió un cuchillo, dispuesto a acabar con mi vida. Antes de que pudiera hacer nada, la policía entró en acción y se lo llevaron detenido. La policía me llevó con mi hermana y mis hijos y le conté a mi hermana lo sucedido. Así fue como me salvé y continué con mi vida.

Valeria Murillo Ramírez

SUS ÚLTIMAS PALABRAS

Érase una vez, hace 90 años, una mujer conocida como la señorita Carolyne Versay. Vivía en Ghana y siempre se dedicaba a cuidar de sus hermanos pequeños y de la casa, ya que su padre estaba trabajando demasiado lejos y no estaba con ellos para ayudarles, sino que él trabajaba para satisfacer las necesidades de su familia, dentro de las posibilidades que en esa época podía haber.

Carolyne era una joven de 19 años, tenía toda una vida por delante, pero no con todas las oportunidades o facilidades que a ella le hubiese gustado.

No había podido terminar sus estudios para llegar a formarse con unos amplios conocimientos para ser lo que ella más deseaba en ese mundo, ser médica. Le encantaba poder ayudar a los demás y en su país no había muchos médicos, para así poder ayudar y abastecer a todas las familias dentro de la pobreza en la que se encontraba aquel lugar.

Ella, desde muy pequeña, con tan solo cinco años, ya tenía claro lo que quería llegar a ser algún día, pero por la enfermedad de su madre y las pocas oportunidades que daban en su país era imposible que ella fuese la médica doña Versay.

Ya a sus diecinueve años, se conformaba con estar en su casa cuidando a su familia. Todos los días hacía lo mismo: se levantaba, desayunaba, vestía a sus hermanos, hacía la comida y así múltiples tareas que se repetían diariamente.

Hasta que llegó un día, el cual parecía ser igual que los demás, en el que, sin que Carolyne lo supiera, se iba a dar un gran paso para poder cumplir su sueño.

El día fue transcurriendo como un día bastante aburrido, monótono y rutinario. Pero, a media tarde, su madre empezó a encontrarse peor, debido a su enfermedad; su cara estaba pálida, sus piernas y brazos no respondían y le comenzaron a salir ronchas por todo el cuerpo.

Su hija, asustada, pedía ayuda, fue en busca de sus vecinos más cercanos para intentar entre todos ver qué le pasaba y ayudarla. Se juntaron más de veinte personas en la casa y nadie sabía cómo ayudarla.

Carolyne, desesperada, fue corriendo a buscar a un médico por toda la ciudad para que su madre se pusiera bien; después de muchos kilómetros corriendo, al fin encontró a una mujer con una bata blanca y un maletín en la mano, a la cual fue corriendo pidiendo ayuda.

Esta mujer, al enterarse de lo sucedido, no podía hacer otra cosa que no fuese ir a salvar la vida de aquella madre. Durante el camino, la joven le preguntó a la mujer si era médica y esta le respondió “sí” con una sonrisa en la cara.

Al llegar a la casa, la médica fue directa a ver a la mujer enferma; al verla, esta se sorprendió. Siente que ya hay poco que hacer, la mujer tiene un color amarillento en la piel y el latido de su corazón se va apaciguando entre el silencio.

La médica habla con Carlyne, y le dice que, sintiéndolo mucho, a su madre le quedan pocas horas de vida. Carlyne, nerviosa y asustada, se acerca a su madre, para pasar sus últimos momentos con ella. Su madre ya estaba muy débil, pero sentía que su hija estaba preocupada por el cargo que se le venía encima; entonces su madre lo único que quería en ese momento y lo que más le importaba era que su hija mayor, algún día, llegase a cumplir su gran sueño de ser médica.

Por ello, las últimas palabras y más bonitas que le dijo fueron: -Hija mía, yo quiero que tú seas como esa mujer, aludiendo a la médica que estaba allí con ellas-.

Pasaron muchos años y tras la pérdida de su madre, Carlyne nunca olvidaba las palabras que le dijo antes de marcharse.

Ella había intentado terminar de formarse, pero siempre se lo negaban porque era una chica y su deber era estar en su casa cuidando de su familia.

Sin embargo, tras muchos obstáculos y adversidades que se le habían ido presentando, fue capaz de conseguir su sueño a pesar de los comentarios de algunas personas que le decían que ya había muchos médicos y que no era necesario que estudiase esa profesión.

Ella, al ser la médica doña Versay, se sentía feliz y orgullosa de poder ser lo que soñaba. Vivía ayudando a los demás y haciendo el bien por todo el mundo.

Victoria Rodríguez Rubio

RELATOS PREMIADOS

1º **“No soy”** de Juan Murillo Moreno

2º **“Ese día”** de Carmen Velasco Jiménez

3º **“Conseguir salir de la rutina”** de Lorena Ruiz Moreno

NO SOY

—Un día —se dice—. Solo es un día.

Marta fuerza la sonrisa más amplia que encuentra en su registro de expresiones disponibles. Se asegura de hablar poco y asentir mucho, de reírse de los chistes y asombrarse de los cotilleos. Pone, de verdad de la buena, toda su voluntad en ser agradable (sin parecer lisonjera), servicial (sin resultar demasiado complaciente), sencilla (sin llegar a sosa), ingeniosa (sin venir a ser pedante) y coqueta (sin mostrarse presumida). Come de todo, en su justa medida, para dejar claro que está todo riquísimo, pero que ella no es ninguna zampabollos. Baila cuando la sacan a bailar. Posa cuando toca echarse fotos. Está siendo, hay que admitirlo, genuinamente encantadora, de diez, de libro. Perfecta. Quienes tienen la suerte de estar con ella, no pueden sino alabarla con los siguientes titulares: «Una chica estupenda, sí señor», «Una mujer de pies a cabeza», «La niña perfecta para mi Marco», «Sencillamente genial». Cuando anuncia que tiene que marcharse porque es tarde y al día siguiente tiene que levantarse a estudiar, un suspiro colectivo lamenta su partida. Da treinta o cuarenta pares de besos, tal vez más, porque a algunos los besa dos veces. Se va ondeando las manos, lanzando adioses a todas partes. Marco la lleva con el coche hasta la puerta de su bloque. Primera reunión con la familia de su novio y ya ha triunfado.

Marta comprueba que el ascensor sigue averiado y se quita los tacones para subir las escaleras. Le duele la cabeza por la tensión que le provoca en la frente y en las sienes esa coleta alta con la que está tan guapa. Se la deshace. Se sienta en la cama. Se busca en el espejo largo que está entre el escritorio y el armario. Y, efectivamente, allí están: ella y su cara de cansada. Cansada de esos tacones azules que la hacen parecer más alta, pero le machacan los pies. Cansada de apelmazarse mucho el pelo para parecer menos cabezona. Cansada de hacerse la tonta unas veces y la lista otras. Cansada de disimular que baila fatal. Cansada de fingir sonrisas. Cansada de que esto sea así un día tras otro. Cansada y cabreada.

De repente, de forma inesperada, se levanta. Se lanza a su mesita de noche. Abre el primer cajón y extrae de él una pequeña pistola azabache. Se gira. Me mira. Me apunta con el arma. A mí. Cierra un ojo. Me dispara. Pum.

Soy Marta. Siento que hayáis tenido que presenciar este desastre, pero es que ya estaba cansada. El puñetero narrador llevaba ahí, todo el día, examinándome, vigilando mis pasos, hablando de mí como si, en realidad, yo no estuviera. No es que no tenga razón; estoy cansada. Es que no me ha dejado abrir la boca y decirlo con mi propia voz. Sí, estoy harta de tener que parecer perfecta, de vivir presionada por el qué dirán y los malditos estándares. Estoy cansada de ser como los demás quieren, y eso incluye al imbécil del narrador. ¿Quién ha colocado sobre mí ese ojo escrutador? ¿Quién me ha robado el derecho a ser como soy? ¿Quién ha decidido lo que es ser la mujer de diez?

Soy Marta y me niego a ser otra cosa. Desisto. Lo dejo. Se acabó actuar siguiendo la voz de un narrador tirano y simplista que quiere reducirme a un arquetipo sin defectos. No soy perfecta. No soy de libro. No soy ficción.

Juan Murillo Moreno

ESE DÍA

Todo ocurrió ese 31 de diciembre. El día amaneció con las nubes oscuras sobre nuestras cabezas, aunque a lo largo de la mañana los cielos se fueron despejando. Yo me había ido a casa de mi abuela, siempre me gustaba ayudar con los preparativos para esa noche. Me había mandado comprar los últimos detalles que necesitaríamos.

Regresé a casa, sumida en mis pensamientos, ayudé a mi abuela a preparar la cena para esta noche, a mi abuelo en sus inventos para el gallinero y a mis primos a decorar la casa para la ocasión. Pusimos el árbol de Navidad, puesto que no habíamos tenido tiempo para ponerlo antes, por los recientes exámenes. Decoramos la casa con colores brillantes, plata y rojo, y pusimos el antiquísimo portal de Belén, que antaño había pertenecido a la mayor parte de nuestros antepasados. Después volví a mi casa, esta semana me tocaba con mamá, por eso había ido a casa de la abuela, si me hubiese tocado con papá, no hubiese celebrado nochevieja, nos habríamos ido a aquella taberna de mala muerte que hay cerca de su casa, con sus amigos y su nueva mujer. Ya me había tocado el año pasado con papá, y fue un asco. Estaba feliz de poder celebrarlo este año con mamá y su familia. La noche será genial.

Me fui con mamá, que había ido a comprar decoración navideña para su casa, puesto que mis padres se habían separado hace muy poco tiempo, y papá se había quedado con la casa y todo lo que había dentro. Le estuve contando lo que había estado haciendo esta mañana, y lo bien que nos lo íbamos a pasar esa noche. Noté a mamá preocupada, aunque desde el divorcio lo estaba, y le pregunté qué había ocurrido. Mamá se puso tensa, de forma casi imperceptible. Ella me dijo que nada, pero me acerqué a ella y le pregunté otra vez muy seriamente. Ella se rindió, y estuvo todo el camino contándome las *amenazas* que había sufrido de papá, amenazas de *muerte*. Se me congeló la columna cuando llegamos a casa, y vimos a papá, sentado en el umbral de la casa, con una sonrisa diabólica dibujada en sus labios. A medida que nos acercábamos, pude distinguir el olor de esa cerveza, la de la taberna de mala muerte. Reconocí el olor muy fácilmente, puesto que estaba acostumbrada, demasiado acostumbrada, me atrevería a decir. No tenía aspecto de estar borracho, pero su olor le delataba. Mi padre aguantó muy bien al tipo cuando se levantó, no mostraba signo alguno de estar al menos mareado.

Noté a mamá a mi lado, tensa, y con la cara pálida. Ví que se fijaba en un punto, en la mano de papá. Me volví sobre mí misma para ver la razón de la palidez de mi madre, y me quedé horrorizada. Mi padre tenía un cuchillo en sus manos. Me quedé paralizada.

Mi padre, al descubrir que yo también me había percatado del arma, empezó a darle vueltas entre sus dedos, soltó una risita que no tenía nada bueno, y empezó a hablar.

— Hola, mi querida Karla—. Su voz no tuvo ningún signo de titubear.

— ¿Qué haces aquí? —. Preguntó mi madre con voz temblorosa, intuyendo que algo muy malo iba a pasar.

—Oh, pensaba que estabas al tanto de mi visita—.

— ¡Déjanos en paz, Brennon!—. Exclamó mi madre

— Lo siento querida, pero tengo mis razones para hacer esto—. dijo mi padre, que seguía balanceando el cuchillo de una mano a otra.

Y ahí acabó la conversación. Ni una palabra más. Solo actos. Y no actos precisamente pacíficos. Mi padre se abalanzó sobre mi madre, a la vez que soltaba un grito.

Mi madre no sabía defensa personal, tampoco sabía qué hacer, al igual que yo. Mientras ambos se revolvían por el suelo, mi madre intentando defenderse, yo empecé a dar voces a pleno pulmón para conseguir que alguien nos ayudara. Pero nadie acudió.

Lo último que recuerdo es el cuerpo frío de mi madre, un enorme charco de sangre, y mi padre, riéndose mientras se iba. Ahí sentí un vacío, de pensar que ahora, estaba sola en el mundo.

Carmen Velasco Jiménez.

CONSEGUIR SALIR DE LA RUTINA

A menudo, muchas de las relaciones sufren de acoso y desigualdades. Os voy a contar una de ellas que sucedió hace alrededor de sesenta años.

Marta desde que era pequeña soñaba con ser bailarina y poder dedicarse a ello. Vivía en Villanueva del Duque, un pueblo de la provincia de Córdoba y tenía 17 años. A Marta le encantaba salir de fiesta y pasárselo genial, pero en aquella época estaba mal visto que una mujer saliese hasta altas horas de la madrugada, mucho menos, si era para estar en una discoteca. Los padres de Marta, Juan y Nico, no sabían qué hacer con su hija, pues consideraban que era mala muchacha y que acabaría muy mal, por el hecho de su afición a salir por la noche, aunque Marta era una chica respetuosa y muy buena a nivel académico. En una de estas salidas, ella y su amiga Ángela, a la que consideraba como una hermana, conocieron a un grupo de chicos y entre ellos estaba Mario, un chico muy guapo, alto y moreno, con ojos verdes y muy atractivo. Marta no pudo evitar fijarse en él, y él tampoco evitaba acercarse a Marta. Pasaron toda la noche juntos y quedaron en volver a verse. Mario sabía cómo era Marta, era consciente de que le encantaba salir y adoraba vestirse como ella se sentía bien sin hacerle caso a los estándares sociales. Pero aun siendo consciente de todo esto, él quería una chica sumisa que hiciera caso a sus órdenes y que, por supuesto, no anduviera por ahí hasta altas horas y sabía que lo iba a conseguir como fuera. Marta y Mario siguieron conociéndose hasta tal punto que Mario, pidió la mano a sus padres, estos aceptaron, pues Mario venía de buena familia, era un chico de bien, tenía una buena carrera y siempre aparentaba ser formal. Ellos lo que querían era alguien así, que le cortase esas alas a su hija y la encaminase por el buen camino.

Comenzaron a salir como pareja y, como en todas las parejas, los principios siempre son bonitos, Marta era muy feliz y estaba eternamente enamorada de Mario. Siempre tenía detalles, salían a pasear juntos y era muy atento y cariñoso. Llegó el verano, la época favorita de Marta; ella amaba esta estación porque los días eran más largos, siempre iba a la piscina con sus amigas y a las pequeñas verbenas de su pueblo, aunque fueran de las pocas mujeres en aquel lugar. Pero ese verano fue diferente y no porque ella quisiera. Cuando en las tardes de calor Marta quería ir a la piscina, siempre se ponía sus bikinis preferidos, pero llegaba Mario y la desanimaba y hacía que se los cambiase por un bañador, ya que, según él, se veía gorda con esos bikinis y hacían ver sus piernas mucho más largas, por no hablar del pecho, que claramente se le veía mucho más caído con esas partes de arriba tan pequeñas. Tras estas palabras de Mario, siempre se sentía muy desanimada, se cambiaba y había incluso días que no iba. Cuando eran las fiestas

de su pueblo, Marta se ponía preciosa para salir, pero venía Mario con el mismo cuento de siempre –ese vestido es muy corto, los chicos te van a mirar mucho, y con esa cara tan pintada, estás mucho más fea-, ella siempre acababa cambiándose. En la fiesta Mario siempre la controlaba, aunque estuviera con sus amigas, se enfadaba si hablaba con cualquier chico y siempre que Mario volvía a casa, ella tenía que volver con él. A pesar de todo esto, Marta no se daba cuenta de nada, pues pensaba que era normal que se pusiera celoso y que le aconsejara sobre su forma de vestir, pues todo lo hacía por su bien y para que estuviera siempre más guapa. Sin embargo, estas actitudes de Mario a las amigas de Marta no les parecían normales ni sanas, ya que Marta solo salía si él lo hacía y si Marta salía sola por su cuenta, este se molestaba y le hacía sentir mal por ello.

Llegó el invierno, se casaron y Marta y Mario se fueron a vivir juntos a una casa que ambos alquilaron. Mario trabajaba como gerente en una gran empresa y ganaba un buen sueldo. Convenció a Marta para que dejara de estudiar, ya que, según él, con su sueldo podían vivir perfectamente y a ella no le hacía falta trabajar; a partir de ahora se dedicaría a las tareas del hogar, por lo que su sueño de ser bailarina quedó totalmente frustrado. Pasó el tiempo y Marta ya no salía de fiesta, perdió muchas de sus amistades y las únicas personas con las que seguía teniendo contacto era con sus familiares. Pero todo esto ella lo veía normal, pues de algún modo había asentado la cabeza, según sus padres es lo que debía hacer.

Una de las pocas veces que Marta salía, coincidió con Ángela, aquella amiga que para ella había sido una hermana y de la que, sin embargo, ahora no sabía nada. Esa tarde Ángela la aprovechó, pues sabía que tenía que hablar con ella y así lo hizo. La intentó convencer de que Mario solo quería aislarla del mundo y acabaría sometiéndose a la rutina machista a la que todas las mujeres de su época eran sometidas, eso que ella siempre había criticado y que siempre juró no hacer. Le hizo la gran pregunta -¿qué ha pasado con tu sueño de ser bailarina?, ¿ya no te acuerdas de lo bien que se te daba?-. Marta se quedó pensando y aun sabiendo que tenía razón la ignoró y volvió a casa.

Al llegar a casa, Mario la esperaba para cenar. Marta preparó la cena y ambos se sentaron a la mesa. Hablando, Marta le contó lo que le había pasado esa tarde y Mario se enfureció hasta tal punto que la hizo alejarse de Ángela, lo que Marta ciegamente aceptó, pues pensaba que él tenía toda la razón y que Ángela todo lo que tenía era envidia. Cuando Mario se dio cuenta de que Marta estaba convencida de lo que estaba diciendo sintió alivio, pues él tenía un gran miedo, ya que sabía que todo lo que Ángela insinuaba era cierto.

Una tarde de las que estaba sola en casa, ya que Mario había salido como siempre a beber con sus amigos, se sintió ahogada en la rutina, y comenzó a recordar lo que ella era, sintió una gran nostalgia y se dio cuenta de que esta vida no era para ella. Que todo lo que Ángela decía era cierto y que tenía que salir de ahí como fuera. Salió al encuentro de su amiga, aunque estaba totalmente avergonzada por lo que hace pocos días había sucedido. Llamó a su puerta y esta, aunque estaba muy sorprendida, aceptó su visita. Marta le pidió disculpas y le contó lo que sentía, como solía hacer antes cuando eran como uña y carne. Se sintió tan bien en ese momento que no quería que acabara nunca. Finalmente, Ángela terminó convenciéndola de que saliese de esa relación tan tóxica en la que estaba ciegamente metida y de algún modo, consiguió quitarle la venda. Esa noche, Marta preparó una de sus mejores cenas y dejó todo perfecto para cuando llegara su amado. Mario llegó algo alterado y un tanto borracho. Cenando Marta le contó a Mario lo que había hecho esa tarde, que había ido a ver a Ángela y que estaba totalmente segura de que quería volver al mundo del baile. Mario, muy enfurecido, tiró los vasos de la mesa, insultó a Marta haciéndola sentir inferior e, incluso, llegó a golpearla repetidamente mientras le insinuaba que era una cualquiera y que estaba loca si se pensaba que iba a volver a ese mundo. Esa noche fue un gran aviso para que Marta se diera cuenta de todo, al día siguiente recogió todas sus cosas y se fue a casa de Ángela, le contó lo que había pasado y que tenía miedo y esta, sin pensárselo dos veces, la acogió en su casa. El proceso de deshacerse de Mario no fue fácil, este se puso en contacto con ella muchas veces para que volviera, pero Marta no volvió. Ella no tenía el apoyo de su familia, ya que estos pensaban que Marta era una malcriada y que no sabía lo que era complacer a su esposo. A pesar de todo, Marta consiguió salir de aquello gracias a su amiga. Pasaron ocho años y Marta y Ángela se fueron a vivir a Córdoba, lejos de su familia y de quien en algún momento fue su gran amor. Pero ambas estaban muy contentas, pues habían conseguido lo que siempre habían querido, no habían acabado sometidos a nadie y ahora hacían lo que querían sin importarle la opinión de los demás. Marta consiguió empleo de bailarina y ahora recorre el mundo de la mano de su esposa Ángela, la única persona que realmente siempre le ha apoyado y querido tal y como era.

Esta historia nos demuestra que todo se puede y que hay que saber decir – NO- ante estas situaciones. Si Marta pudo, todas podemos.

Lorena Ruiz Moreno

